

LOS NINJAS DE KÔGA Y SU CÓDIGO SECRETO

Yamada Futârô

**Traducción:
Mariló Rodríguez del Alisal
Clara Mie Cánovas**

**QUATERNI**



JAPAN FOUNDATION 国際交流基金

Este libro se ha publicado con el apoyo de la Fundación Japón.

Título original: Kouga Ninpouchou

Copyright © 2001, Keiko Yamada. All rights reserved

First published in Japan in 1998 by Kodansha Ltd., Tokyo

Copyright © 2012 Quaterni de esta edición en lengua española por acuerdo con Kodansha Ltd.

© Quaterni es un sello y marca comercial registrado

Traducción del japonés: Mariló Rodríguez del Alisal y Clara Mie Cánovas

Los ninjas de Kôga y su código secreto. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagieren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-940301-2-3

EAN: 9788494030123

BIC: FJH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Asesora y coordinadora: Mariló Rodríguez del Alisal

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de portada: Manuel Dombidau

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Gráficas Deva, S.L.

Depósito Legal: M-32499-2012

Impreso en España

17 16 15 14 13 12 (10)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

ALTAMENTE SECRETO

I.

Dos hombres se hallaban frente a frente en la explanada exterior del castillo de siete plantas que, contemplado desde lejos, daba la impresión de estar formado por filas de abanicos que se hubieran desplegado y superpuesto, unos sobre otros.

Bajo el resplandor del Sol, sus cuerpos se mostraban casi traslúcidos y, cuando las nubes proyectaban sus sombras sobre ellos sus figuras parecían fundirse, difuminándose en el aire.

Innumerables ojos los contemplaban, pero era como si vieran a través de una pantalla y, cada vez más, los que observaban debían esforzarse para no perderlos de vista.

Pero nadie apartaba su mirada de ellos. Porque entre los dos ninjas, separados por apenas cinco metros, circulaba un aire cargado de tensión extrema y amenazadora que, desplazándose en oleadas, atraía hacia ellos toda la atención. Sin embargo, ninguno de los dos empuñaba espada alguna: ambos se encontraban con las manos vacías. Si los presentes no hubiesen sido antes testigos de excepción del despliegue de técnicas de los dos contendientes, en el patio del castillo, probablemente no habrían podido reconocer ese flujo de aterrador desafío.

Uno de los hombres se llamaba Kazamachi Shôgen. De unos cuarenta años de edad, con numerosas protuberancias en la frente, mejillas hundidas y pequeños ojos, enrojecidos y brillantes, tenía un aspecto repugnante. Su espalda se arqueaba formando una joroba; sus extremidades de color ceniciento eran demasiado largas y se destacaban extrañamente en su figura. Tanto los dedos de las manos como los de los pies, que eran enormes, sobresalían uno a uno, como reptiles, de sus sandalias de paja.

Hacía unos instantes que cinco guerreros del castillo se habían enfrentado a este hombre, acosándolo. Antes de combatir, el ninja había afirmado que, si lo matasen, le estaría bien empleado por su falta de destreza. Cuando aquellos cinco guerreros, todos ellos distinguidos espadachines de la escuela *yagyû* estuvieron frente a él, se quedaron atónitos al ver su actitud descuidada, ya que si bien en la mano portaba una espada de considerable tamaño la tenía a un lado, colgando flojamente, y su figura se asemejaba a un espantapájaros.

Pero, inopinadamente, dos de los guerreros se tambalearon mientras lanzaban un alarido, aullando: “¡Aah!”, al tiempo que se cubrían los ojos con una de las manos. El hombre les había atacado sin utilizar ningún arma y sin haber pronunciado una sola palabra. Todavía sin comprender qué pasaba ni cómo se había producido, los otros quedaron dominados por el pánico. Al darse cuenta del ataque, cargaron frenéticamente, blandiendo y agitando sus katanas, impulsados tanto por el instinto como por el pavor.

Shôgen corrió hacia un lado. Allí se encontraba la muralla del castillo. Voló como un torbellino y, huyendo de la amenaza de las tres espadas, trepó por el muro defensivo de la fortaleza; pero lo más sorprendente fue que en ningún momento dio la espalda al enemigo. Es decir: lo hizo adhiriendo sus

extremidades a la pared. Pero a decir verdad, no fue así exactamente: en su mano derecha seguía sosteniendo su arma, por lo que utilizó solamente la mano izquierda y ambas piernas en su ascensión. Su figura en ese momento parecía una araña que se deslizara sobre la gigantesca superficie de piedra, y desde los escasos dos metros de altura donde se encontraba, miró hacia los samurais que se encontraban abajo mientras estiraba los labios en una sonrisa forzada.

Solamente hizo un gesto, entreabriendo la boca. Y de esta, salió algo despedido que se estrelló contra los tres guerreros, quienes no pudieron evitar cerrar los ojos, hundiéndose. Los otros dos aún se retorcían mientras se cubrían la cara. Con la espalda todavía pegada al muro, sin hacer el más mínimo ruido, Kazamachi Shôgen se deslizó hacia abajo. El combate había terminado.

Lo que este ninja había hecho volar despedido desde su boca, era un arma insólita. Se trataba de una flema del tamaño de una moneda de la Era Keichô. Para cualquiera, no habría sido más que un simple esputo, pero Shôgen tenía la capacidad de producir unos mucílago extraordinariamente densos y pegajosos. Después de haber recibido su impacto, los cinco soldados no podrían sacarlos de sus ojos en varios días y cuando lo consiguieran, se arrancarían también las pestañas en el intento.

A continuación, fue Yashamaru, un joven perteneciente a los ninjas de Iga, quien se midió con cinco samurais. Era en verdad un apuesto muchacho. A pesar de estar ataviado con un basto atuendo, típico de las montañas, tenía las mejillas rosadas como las flores de cerezo y los ojos negros y brillantes. Parecía la viva representación de la lozanía primaveral.

Enfrentado a los cinco guerreros, ni siquiera tocó la típica espada de su agreste región que le pendía de la cintura,

amarrada con un cinturón de ratán, sino que esgrimió una especie de cuerda de color negro. Esta tenía unas características verdaderamente increíbles y, a pesar de ser extremadamente fina, resultaba fuerte como el acero. Ni siquiera el mandoble directo de una espada podía cortarla. Relucía intensamente bajo la luz del Sol, pero una vez que este se ocultaba, era imposible distinguirla.

De pronto, el látigo misterioso se enrolló a una de las espadas, volando en lo alto del cielo. Un agudo silbido capaz de destrozar los tímpanos resonó al desplazarse horizontalmente y dos samurais se derrumbaron, llevándose las manos a los muslos y a las caderas. El cable se agitó en las manos de Yashamaru que tiró de sus extremos, girándolo en varias direcciones a la vez. Atacó tanto a quienes se aproximaban como, incluso, a los otros dos que se encontraban a unos tres metros y, echándoles su lazada al cuello, los atrapó como si hubieran sido bestias.

Al parecer, ese látigo había sido fabricado con mechones de negro cabello de mujer; insertados después uno a uno, mediante una técnica característica, y untados después con grasa animal. Con tan solo que rozase la piel humana, el efecto era igual a la estocada punzante de una espada de hierro. Fustigado sobre los muslos de cualquiera, la carne se abría, como si hubiera sido segada por la aguda hoja de una guadaña. Ese cable desplegado alcanzaba hasta unos diez metros y parecía tener vida propia girando, reculando, segando, enrollándose y amputando los miembros de sus enemigos, por lo que resultaba imposible resistirse a él. Para colmo, al contrario que si hubiera sido una katana, no había forma de saber cuál sería el siguiente movimiento de quien lo manejaba: resultaba una incógnita total. No dependía de la posición en la que se colo-

case Yashamaru ni de su postura, por lo que sus oponentes no tenían forma de poderse defender, ni de iniciar su ataque.

Ahora, había llegado al fin el momento: esos dos hombres que habían derrotado cada uno de ellos a cinco samurais utilizando unas técnicas prodigiosas, se enfrentaban entre ellos en silencio, como en un ritual de hechicería.

Las nubes anunciadoras del verano que pendían sobre la fortaleza se veían cada vez más finas y casi desaparecían, esfumándose, como absorbidas por el cielo. Habían pasado solamente unos minutos, pero daba la impresión de que era toda una eternidad. Así discurría el tiempo...

La boca de Kazamachi Shôgen se abrió en una rígida sonrisa. Sin mediar un instante, un chasquido surgió del puño de Yashamaru y su látigo se lanzó como un torbellino imparable sobre el otro, que cayó al suelo. Durante unos segundos, todos los espectadores contemplaron la visión fantasmal de una enorme araña de color ceniciento arrastrándose por el suelo. Pero enseguida comprendieron que, sorprendentemente, Kazamachi no solamente no había resultado herido por la correa, sino que había conseguido escapar. A gatas, tal como estaba, de su boca salió disparada una flema pegajosa de color verde pálido dirigida hacia la cabeza de su adversario; pero se desvaneció en el aire, delante del rostro del muchacho: justo cuando aquella mucosidad gelatinosa se iba a estrellar en su cara, fue rechazada por el látigo y, al ver que este giraba en la mano de Yashamaru, el pavor se reflejó en la cara de Kazamachi por primera vez. Continuando a gatas, reculó hacia atrás mientras dejaba la cabeza colgando al frente y huyó con rapidez, como una araña de agua, encaramándose al torreón de piedra de la fortaleza. Hasta allí ascendió un "¡Aah...!" de los espectadores cuando, todos al unísono, exhalaban un suspiro.

El cuerpo de Shôgen daba la impresión de volar hacia el blanco muro, escapando así del extremo del látigo que esgrimía Yashamaru. De pronto, reptó velozmente hacia arriba, para desaparecer bajo la sombra de uno de los curvados capiteles que ornaban los salientes en la cubierta del castillo. Desde allí, lanzó su pegajosa flema. Pero la figura de su rival ya no se encontraba en ese lugar: había enrollado el otro extremo del cable al saliente de la cubierta, y trepó por ella, con lo que su cuerpo pendía ahora en el vacío. Shôgen se deslizó entonces a través de las tejas de bronce, pero Yashamaru le arrojó de nuevo el extremo de su látigo. De esta manera, una oruga fluctuante lanzaba su hebra mortífera mientras que una araña que no dejaba de agitarse frenéticamente de un lado a otro, escupía flemas diabólicas. Ese combate por los aires que se libraba bajo las nubes cambiantes de la primavera, no era un mero duelo entre seres humanos: se trataba de un enfrentamiento entre dos criaturas excepcionales que no parecían ser de este mundo.

Entre los espectadores de ese desafío de pesadilla, se hallaba el señor del castillo. Agitó la mano y miró hacia un lado, diciendo:

“Ya basta. Haz que se detengan, Hanzô. Diles que mañana continuaremos el combate”.

La lucha se había desplazado ya por tres plantas de la fortaleza. Si seguían tal como hasta ahora, al menos uno de los dos ninjas (o incluso ambos) terminaría por morir. Pero el amo del reducto habló entonces con tono áspero y cortante:

“Esto no debe ser un espectáculo para que el público de la villa lo contemple. Sunpu está lleno de observadores forasteros de Osaka”.

Quien hablaba era Tokugawa Ieyasu.

II.

Era a finales de abril del año 19 de la Era Keichô (1614), cuando el poderoso señor Tokugawa Ieyasu contemplaba este insólito combate desde el interior del castillo de Sunpu. Le acompañaban el shôgun Hidetada con su esposa oficial, Eyo y, entre ambos, sus hijos Takechiyo y Kunichiyo, así como jerarcas de alto nivel como Honda, Sakai o Ii, sentados todos juntos a su alrededor. También se encontraban en el lugar el abad Konchi-In-Sûden, Nankû Bôtenkai y el espadachín Yagyû Munenori, entre otros. Es decir, que aquí se veía a lo más representativo de la familia Tokugawa, así como sus consejeros y personas de confianza.

Osaka era el último reducto en Japón que se resistía a su dominio. Como desde octubre de ese mismo año se había establecido en la ciudad un campamento de invierno con una guarnición, lo que había comentado Ieyasu sobre los “observadores forasteros” cobraba un sentido especial. Porque en esa palabra se escondían dos significados, y no era tanto con relación a la extraordinaria concurrencia que le acompañaba en ese momento, como por cierto tipo de gente venida de otros feudos que pudiese estar mezclada con el resto de asistentes, a pesar de ser tan diferentes de ellos como fríos meteoritos caídos del cielo a la tierra.

Sentados frente a Ieyasu, a una cumplida distancia de aproximadamente cinco metros, se hallaban dos personas de edad: un hombre y una mujer. Ambos tenían el cabello blanco como la nieve. La piel del anciano tenía el lustre del oscuro cuero, siendo la de la anciana de un frío color pálido. A pesar de ello, ambos transmitían un misterioso vigor, similar al de infatigables y enérgicos generales en el campo de batalla.

Los dos adversarios que se habían enfrentado llegaron hasta el lugar, rápidos como el viento, uniendo sus manos en señal de respeto. Kazamachi Shôgen se inclinó ante el anciano y Yashamaru ante la anciana. Ni él ni ella emitieron ningún sonido, dando su aprobación con un sencillo gesto, pero con el rabillo del ojo miraron a aquellos dos expertos contendientes: él, a Yashamaru, y ella, a Kazamachi Shôgen.

“Ha sido una demostración extraordinaria”.

Sin hacer distinción entre ninguno de los dos, Tokugawa pronunció estas palabras inesperadamente, mirando al frente y como refiriéndose a ambos por igual, preguntó:

“¿Qué te ha parecido, Mataemon?”.

“Temo incurrir en descortesía si hablo, señor”.

El maestro espadachín, Yagyû Munenori, inclinó la cabeza. Desde hacía unos años estaba al servicio del señor de Tajima, pero en el pasado había prestado sus servicios a la familia Tokugawa.

“Por supuesto que conocía la pericia de los ninjas, pero no podía imaginar que alcanzasen este nivel. Antes de culpar a mis discípulos por haber hecho el ridículo, os ruego que me consideréis a mí como responsable”.

Unas pequeñas gotas de sudor se deslizaron por su frente.

“A pesar de que los Iga y los Kôga se encuentran a poca distancia de mis territorios, desconocía totalmente su capacidad. Lamento haberme equivocado y me siento muy avergonzado por ello”, concluyó.

Ieyasu no hizo ningún comentario crítico hacia Munenori y, dirigiéndose a Hattori Hanzô, le expresó su aprobación:

“Hanzô, nos has ofrecido una extraordinaria demostración”.

Este, que permanecía atendiendo el servicio de Ieyasu, unió sus manos en reconocimiento por las palabras de su señor,

mientras una amplia y satisfecha sonrisa se dibujaba en su rostro.

“Hanzô, ¿es que no vamos a ofrecer sake a Danjô de Kôga, a Ogen de Iga y a sus dos ninjas?”

En el momento en el que su vasallo se acercó diligente a los huéspedes, Ieyasu giró el rostro, dirigiendo una mirada escrutadora a su izquierda y a su derecha. A un lado se encontraba Takechiyo, su nieto mayor. Cerca estaba Ofuku, la mujer que había sido su nodriza y lo había criado como si fuera su propia madre. También estaba Hokino, responsable de la guarnición de Aoyama, así como Doi Ôi-no-Kami, Sakai, de Bingo, Honda Sado-no-Kami, Nankô Hô y otros más.

En el lado opuesto, se sentaban el shôgun Hidetada y su esposa, Eyo. Junto a ellos, estaba el segundo hijo de Hidetada y nieto de Ieyasu, Kunichiyo, así como el responsable de la guarnición de Asakura, Honda Kozuke-no-Suke; el señor de Ii y el abad de Konchi-In, entre otros.

Bajo la profunda y penetrante mirada de Ieyasu que iba saludando elogiosamente a todos, ellos erguían la figura, en tensión. Había que tomar una decisión respecto a la sucesión de su amo. A medida que el poderoso señor Tokugawa Ieyasu les refería aquel plan suyo tan sorprendente, se puso de manifiesto que iba a asumirse un enorme riesgo.

¿El próximo shôgun sería Takechiyo o Kunichiyo?

Ieyasu tenía setenta y tres años.

Había decidido que Osaka sería para él su última campaña militar, y se preparaba para ello.

Toyotomi Hideyori gobernaba esa ciudad. A instancias de Ieyasu había ordenado edificar un templo para el Gran Buda en la zona Higashiyama de Kyoto, a la memoria de su padre Toyotomi Hideyoshi a quien se conocía como el *Taiko*. A

mediados de abril habían empezado a fabricar la gigantesca campana del templo. La ciudad de Osaka ya había empezado a acusar la fuerte presión de los impuestos que se obligaba a pagar a sus habitantes, con destino a la edificación, algo que entraba en el plan urdido desde hacía tiempo por Ieyasu. En cuanto la campana estuviera terminada, Ieyasu esgrimiría como pretexto la inscripción grabada en su superficie para declarar la guerra de nuevo. Estaba a punto de decidir un plan definitivo, junto con sus consejeros, para disponer de un pretexto que justificara su ofensiva. La frase inscrita sobre la campana: *El país en paz, los señores satisfechos*, en donde se incluían al final los nombres de Hideyori y de Tokugawa, escritos en ideogramas *kanji*, sería el motivo que iba a esgrimir Ieyasu: aduciría sentirse ofendido por la mencionada inscripción y por cómo aparecía su nombre¹. Esto era algo que carecía realmente de sentido, pero Ieyasu tenía necesidad de una justificación para atacar la ciudad de Osaka. Ese incidente ponía de manifiesto su verdadera naturaleza, que le había valido el apodo de *viejo zorro*.

Pero en este momento, habiendo llegado ya a los setenta y tres años, empezaba a acusar de forma notable el declive físico en su organismo.

Seguramente, se alzaría con la victoria, aunque a pesar de sus planes le llevaría uno o dos años conquistar el bastión de su enemigo, el castillo de Osaka. Pero ¿viviría tanto como para que sus oscuras pupilas pudiesen contemplar esa fortaleza consumida por las llamas? Eso era algo que no podía tener por seguro.

¹ Tokugawa esgrimió ante Hideyori que, aparentando un deseo de buena voluntad, los signos de esas inscripciones tenían un doble sentido, humillante para él y que, además, su nombre aparecía dividido en dos por otro. (Nota trad.)